

Todas las pistas que un autor da de sí mismo en su obra suelen ser falsas; sin embargo, es a través de esas pistas falsas como mejor se le identifica. Pero yo no escribo para un lector, ni siquiera para la posteridad. Escribo para la nada que ya me conoce o, como dijo un poeta necrófilo, para la tumba, ese lugar íntimo y bello donde nadie se abraza. Nadie sabrá quién soy, nadie sabrá qué he sido. Nadie alcanzará a atisbar en mí ese rostro verdadero que es el producto de la suma de todas las máscaras que uno se pone a lo largo de su vida. Me importa un bledo.

En realidad, ni siquiera escribo. No lo haría aunque pudiera. Tan solo rememoro mi pasado sepultado en la tumba consciente y lúcida de mi cuerpo. Y mientras lo hago tengo la sensación de estar bosquejando una novela en el aire. Desde mi cama de hospital, como desde una frágil balsa de naufrago que surcara el mar del tiempo, contemplo mi vida, sus escarpados riscos, sus abruptos acantilados, sus turbulentas aguas, sus legamosas profundidades y, por qué

no, alguna pequeña y recóndita cala de arena fina y blanca y aguas cristalinas. Jamás un puerto donde atracar.

Tantas veces imaginé para mí este final que pensaría que mi imaginación tuvo un carácter premonitorio de no haber imaginado otros finales que obviamente no se cumplirán. Y no es que me figurara que iba a acabar enclaustrado en mi propio cuerpo, viviendo una experiencia de transición fluida al definitivo enclaustramiento de la tumba, sino que terminaría agonizando solo y en una cama de hospital.

Sin embargo, a veces Juan viene a verme. Sé que lo hace por compromiso, aunque quizás sienta aún por mí algún resto de afecto o lealtad. Si supiera quién soy en realidad, tomaría la almohada y me asfixiaría si no resultara evidente que obrando de ese modo me hacía un favor. Creo que Juan viene a verme morir, a cerciorarse de que no es cierto aquello de que la mala hierba nunca muere. Acaso viene a ver mi muerte en calidad de agraviado, como los familiares de una víctima asisten a la ejecución de su asesino para ser testigos de ese acto de simetría que aúna en un solo gesto justicia y venganza.

La mayoría de las veces Juan aparece solo, se sienta a mi cabecera o frente a mí si en ese momento me han colocado en la butaca. Al comienzo de la visita parece un poco intimidado ante la presencia de alguien que está ya más del otro lado que de este, y tras un largo espacio de tiempo en el que me escruta con curiosidad, como si dudara aún de mi consciencia y pretendiera hallar en mí algún vestigio de

atención, tal como mis médicos han aconsejado, me habla. Me habla de las dificultades por las que atraviesa la galería de arte, una de las más prestigiosas de Madrid, de la que ambos somos socios y copropietarios. Aunque no lo dice expresamente, parece que la noticia de mi retirada forzosa ha creado cierta inquietud entre nuestros representados (un grupo de narcisistas, presuntuosos y fatuos autoproclamados artistas) y nuestros promotores y asociados locales y extranjeros (otro grupo, este de ilusionistas y, como yo mismo, mercaderes de humo). Luego me cuenta los pequeños detalles y anécdotas de su miserable vida. Y yo me congratulo oyendo sus quejas, sus insignificantes problemas cotidianos en los que intuyo el calvario de su existencia, y en los que ya atisbo, como el arúspice que escarba en las entrañas de un pájaro para adivinar el futuro, su definitiva caída. Y desde mi enclaustramiento juego a imaginar que muevo los hilos de su desventura.

Otras veces, las menos, viene acompañado de Sophie. En el rostro de ella veo mi muerte próxima, mi sentencia inminente. Lo advierto en la mueca de malestar y repulsión que le suscita el recordatorio de su propia muerte que ve en mí, pues si hay un solo ser del que todos participamos, hay también en consonancia una sola muerte en la que todos desaparecemos.

Los días en que Juan viene con Sophie la visita es corta. La impaciencia de ella, notoria por su nerviosismo, la abrevia. A veces hablan de mí de una forma evidente, con

libertad e incluso desparpajo, como si no estuviera presente. Cada vez que ella dice de mí algo ofensivo o chusco, advierto que su rostro aparece en mi campo de visión, sus ojos escrutan un momento los míos, tal vez buscando con temor alguna reacción por mi parte, una señal de recriminación, un gesto iracundo, y enseguida los aparta. Luego sigue un instante de silencio que trato de interpretar. Quizás Sophie recuerde en ese momento las veces que engañó a Juan conmigo.

\*

El hecho de haber dejado de ser emisor en ese baile de encuentros y desencuentros que es la comunicación humana, y haberme convertido tan solo en receptor, hace que las palabras de los demás tengan un peso mayor en mi conciencia, que adquieran una consistencia casi lapidaria. Se almacenan en mi mente sin que pueda responder, sin posibilidad de oposición por mi parte y con un carácter de cosa final, de augurio o de revelación y, en definitiva, con una voluntad de palabra sagrada. Y allí las someto a una observación mucho más minuciosa e intensa que la que se dispensa a las palabras que se intercambian, a aquellas que establecen una comunicación en dos direcciones, lo que hace que mi mente acabe extrañándolas hasta el punto de recuperar en ellas sus significados más recónditos, perdidos u olvidados. Palabras e imágenes se agitan en mi

cabeza inagotables, persiguiéndose unas a otras, fundiéndose, destruyéndose, enquistándose. Las palabras, tanto las que recibo de los otros como las que yo mismo formo en mi cerebro y no puedo evacuar, ruedan por mi mente, maduran, fermentan, se solidifican, se coagulan, reciben todas las tinturas y contrastes para su exposición y exploración, se amalgaman, pierden su sentido y se resemantizan, segregando todos sus matices originarios, todos sus significados proféticos, todos sus venenos. Las palabras son el único residuo que no puedo evacuar, por lo que acaban enterradas en mí como cadáveres. Mi conciencia es como un cementerio. En cierto modo, es como si los demás me hablaran como me hablaría un libro, sin posibilidad de ser respondido. Por eso los demás para mí, aunque me hablen, están muertos.

Me siento como un ser de otro planeta, procedente de una civilización avanzada que ha superado el lenguaje convencional y nada tiene que comunicar a los seres terrestres incapacitados para comprenderlo, y que se complace en observar sus movimientos, sus vanos esfuerzos, su agitación y su impotencia, como lo haría una deidad hierática que escuchara en silencio pero no respondiera, que los comprendiera pero se preservara ante ellos intacto, inalcanzable en su hermetismo como un dios.

O quizás todo esto solo sea una metáfora sobre el fracaso de la comunicación y la angustia que provoca. Tal vez escribo en el aire una novela sobre la imposibilidad de comuni-

carse y la desesperación que ello conlleva. Debe de ser eso. Necesito que sea eso. Necesito dar sentido a este encierro dentro de mí mismo, a esta incomunicación absoluta. Ver mi situación como el cumplimiento de una condena. ¿Por qué delito? En primer lugar, por haber nacido; en segundo lugar, por no haber muerto cuando debía haberlo hecho; en tercer lugar, solo en tercer lugar, por mis crímenes.

\*

Recuerdo con cierta imprecisión y alguna que otra laguna cómo llegué aquí. Al principio una densa niebla me ocultaba lo ocurrido. Luego la niebla de mi mente comenzó a disiparse como se despeja una nariz obstruida. Despertar en esta habitación fue como nacer a la muerte. Soy por tanto un cadáver que aún no ha tomado conciencia de serlo, como el recién nacido no ha tomado nada más nacer conciencia de ser vivo. Soy un muerto consciente. Una conciencia viva atrapada en un cuerpo muerto.

Todos los días un par de celadores me incorporan y me sientan en un sillón; por las mañanas tras la papilla del desayuno, una operación repugnante en la que se me introduce el alimento directamente al estómago mediante una sonda nasogástrica, y por las tardes tras el breve coma sin sueños de la siesta inducida por los calmantes. Una vez al día un individuo joven y de aspecto atlético me moviliza. Primero los dedos de las manos, luego los de los pies. Mis

músculos son un reservorio de calambres y contracturas. Dos veces a la semana soy conducido en una silla de ruedas a una especie de gimnasio con piscinas de hidromasaje donde dos fornidos bañistas me sumergen junto a otros pecios humanos y permanezco en el agua hasta que la piel de mis dedos se arruga y se vuelve de un blanco casi traslúcido. He dejado de ser un sujeto para convertirme en objeto, sometido a las mismas manipulaciones y trasferencias que cualquier bulto más o menos articulado. Las auxiliares me cambian el pañal dos veces al día y me limpian el culo con desaprensión rutinaria.

La descomposición de un cuerpo no es algo que se inicie *post mortem*, comienza con el nacimiento o incluso antes y se prolonga durante toda la existencia. El individuo sano posee la capacidad física y la autonomía suficientes para enfrentarse a las pequeñas muertes parciales, a las descomposiciones cotidianas. Cuando uno está enclaustrado en su propio cuerpo, se encuentra a merced de su descomposición lo mismo que un cadáver. Es incapaz de controlar sus pequeñas muertes diarias y debe delegar en otros ese control y esa ocultación, esa serie de sepelios cotidianos que constituye la evacuación y eliminación del *caput mortuum*, todos los residuos, flujos, excrementos, mocos, uñas, pelo, caspa, babas, sangre, pus, vómitos, orines, de los que uno se va desprendiendo a lo largo de una vida.

Por la mañana, calculo que hacia las diez o las once, me visitan el neurólogo y la internista acompañados de un pe-

queño grupo de estudiantes de la universidad privada vinculada al hospital de lujo que me acoge. Me he convertido en un caso estrella. El neurólogo explica a sus discípulos que padezco síndrome de enclaustramiento y que mi estado es normal desde el punto de vista cognitivo, pero próximo al estado vegetativo desde el punto de vista motor. El equipo médico me hace preguntas básicas que solo puedo contestar mediante un sistema binario previamente concertado, un pestañeo para el sí y dos para el no. Entre los estudiantes llama hoy mi atención una muchacha morena y guapa, con unas grandes gafas de pasta negra que enmarcan sus ojos inesperadamente azules, la única del grupo que se atreve a intercambiar conmigo una mirada, aunque al momento retira los ojos. ¿Qué pensará de este hombre de cincuenta y ocho años, invisible para ella en cualquier otra circunstancia, al que su condición de caso clínico ha materializado hasta el punto de hacerle acreedor de una mirada? ¿A qué abismos insondables se asoman la compasión o el deseo de conocimiento?

Accidente cerebrovascular por obstrucción de la arteria basilar con infarto del tronco encefálico. Ese fue el diagnóstico. Yo hablaba en una de las reuniones de los socios y promotores de la galería. Exponía un plan de regulación que implicaba despedir a un asistente y prescindir de los servicios de varios colaboradores independientes. También debía anunciar el descubrimiento de un agujero en los fondos de la empresa próximo al millón de euros. Parecía evidente



que alguien había cometido un desfalco, y solo un limitado número de personas teníamos acceso a las cuentas.

De pronto noté que los pormenores del plan, desde el primer momento nítidos en mi mente, comenzaban a difuminarse. Eso duró unos instantes. Luego asumí que todo el discurso que yo tenía claro y perfectamente articulado en mi cabeza, incluido el golpe de efecto final calculado para poner en evidencia al malversador, se desmoronaba. Comencé a balbucir. Advertí en los rostros de los miembros de la junta, que tenía frente a mí, un gesto de estupor, luego de preocupación. Alguien sacó el teléfono y llamó a una ambulancia. Sentía un terrible dolor de cabeza y la sensación de hallarme atrapado en un cuerpo ajeno sobre el que no tenía el menor control. Juan, que se encontraba al otro extremo de la mesa de juntas, vino hacia mí y adoptando una actitud resuelta y responsable muy propia de él me pidió que sonriera. Traté de forzar algo parecido a una sonrisa en aquel rostro extraño que era el mío y de paso soltar, como hubiese sido normal en mí ante una solicitud semejante, un sarcasmo. Pero solo conseguí emitir un gorgjeo, como el de alguien que, atrapado en el fondo del mar, suelta al fin el aire contenido en los pulmones y se resigna a morir. Me pidió que levantara los brazos. No pude. «Tranquilo, todo va a ir bien», dijo.

Luego me desperté en el hospital totalmente inmobilizado, incapaz de articular palabra, pero perfectamente lúcido. Tardé poco en hacerme cargo de la situación. La enfer-

mera, al ver en mí signos de consciencia y comprobar que seguía sus movimientos con los ojos, llamó a un médico que me exploró las pupilas con una linterna y me sometió a un breve cuestionario al que no logré responder. «No se preocupe», me dijo ante mi visible incapacidad de articular palabra, «pestañee si comprende lo que le digo». Lo hice. A continuación me pidió que respondiera a sus preguntas con un pestañeo para el sí y dos para el no. Cuando hubo terminado, me explicó la situación. Había sufrido un infarto cerebral y permanecido en coma quince días.

Quizás después de todo existía esa forma de simetría que según se ejerza en frío o en caliente llamamos justicia o venganza. Al fin tenía noticia de la justicia, y esto ocurría no en mi larga carrera de abogado (profesión que había ejercido antes de dedicarme a galerista), donde había brillado por su ausencia, sino en el hecho de haberme convertido en un objeto tras haber tratado como meros objetos a mis clientes, a mis contendientes, a mis empleados, a mis mujeres y a las de mis amigos.

Pese a esta declaración, que ningún hipotético individuo con poderes telepáticos capaz de acceder a mis más recónditos pensamientos espere hallar en estas impresiones y evocaciones el menor signo de arrepentimiento ni nada remotamente parecido a un relato edificante. No creo en la justicia humana o divina, poética o prosaica; solo creo en la entropía, esa fuerza que devuelve a los seres y a las cosas, como al hijo pródigo, a la casa del padre.

Antes de marcharse, mi neurólogo me informa de que esta tarde me visitará la logopeda.

\*

Al fin conmigo a solas para siempre. Esta situación no debería resultarme extraña. Yo había pasado por todo esto antes. Ya había estado enclaustrado en el vientre de mi madre, aunque no guardé recuerdo de aquella dulce estancia. Pero, si aquel encierro fue placentero, ¿por qué no habría de serlo este? Me agrada esta simetría entre mi final y mi comienzo. Este enclaustramiento solo puede ser una réplica de aquel. Hago todo lo posible para que lo sea. Cierro los párpados con fuerza, los únicos músculos sobre los que aún tengo control, y trato de reproducir las mismas sensaciones e impresiones que debí de sentir en el claustro materno mientras flotaba en aquel almibarado fluido. Pero aquel dulce y cálido encierro no habría de durar mucho. Como todos, fui arrojado a la intemperie del mundo del mismo modo en que en breve seré arrojado de este nuevo enclaustramiento, en el que yo soy mi propia madre, al definitivo cobijo de la tumba. En mi fin está mi comienzo.

\*

Poco recuerdo de mi primera infancia, mis padres acaso se amaran o acaso no. Tal vez como tantas parejas se amaron